

ROSA DÍEZ

MAQUETOS

Una historia escrita para que nadie olvide



ÍNDICE

Prólogo..... 11

CAPÍTULO I

LOS PADRES LLEGAN AL PAÍS VASCO 15

De un campo de concentración en Santander

a una cárcel en Bilbao 17

El padre sale de la cárcel 21

Una habitación con derecho a cocina 24

El estraperlo 28

CAPÍTULO II

NACE LA NIÑA 33

Uno más en la familia 35

El padre nunca quiso ganar la guerra con efectos retroactivos 39

El sueño de vivir en democracia 42

El pobre 46

La magia de las noches de Reyes 48

La carta que envió el hermano mayor a Eisenhower 51

La fascinación del nacionalismo por los nazis. De cómo el PNV
traicionó a la República 53

CAPÍTULO III

CON EL FRANQUISMO, EXILIADOS; CON EL NACIONALISMO, MAQUETOS.....	59
En la casa de Heraclio y María.....	61
Los hermanos mayores	64
La infancia en una habitación «con derecho a cocina»	71
La casa de la fuente.....	77
A dormir al cuartelillo. Un socialista, un comunista y un nacionalista	84

CAPÍTULO IV

EL PISO EN EL PUEBLO	91
La vasca.....	95
La democracia y la política. La necesidad de implicarse.....	97
La Ley de la Reforma Política. De cuando el PSOE pidió la abstención y el padre se desmarcó	101
El primer viaje de los padres a Francia.....	104
Estalla el nacionalismo de los ganadores.....	106

CAPÍTULO V

LA HERENCIA DEL ABUELO.....	109
Se vota la Constitución	111
Dimisión de Suárez	117
El rey en la Casa de Juntas de Guernica	119
El golpe del 23-F	124

El PSOE gana las elecciones generales.....	129
La entrega de la bandera al Regimiento Garellano	136

CAPÍTULO VI

VUELVEN LOS TIEMPOS OSCUROS

147

La soledad y el silencio en los funerales de las víctimas.....	149
--	-----

«Esta es también nuestra tierra».....	153
---------------------------------------	-----

El Alzheimer	159
--------------------	-----

CAPÍTULO VII

TÚ NO ERES VASCA.....

173

«Sé quién eres, sé de dónde vinisteis...».....	175
--	-----

La diana. «¿Pero es que vamos a volver a empezar?».....	179
---	-----

Llega un paquete bomba a casa	185
-------------------------------------	-----

El asesinato de Fernando Buesa. La primera manifestación de la hija	190
---	-----

Los nacionalistas «buenos»	198
----------------------------------	-----

De la «fidelidad al Movimiento» con el franquismo

al «nacionalismo obligatorio» con el PNV	201
--	-----

El terrorismo yihadista golpea en España.....	207
---	-----

CAPÍTULO VIII

TRES GENERACIONES Y AÚN NO SE HA CERRADO EL CÍRCULO

213

<i>Epílogo</i>	231
----------------------	-----

PRÓLOGO

Esta es una historia real repetida en miles de españoles que aún hoy pueden contarla. Es la historia de una familia que tuvo su origen a partir de dos víctimas de la Guerra Civil que llegaron al País Vasco expulsados de su tierra por la dictadura franquista y que ha permanecido allí a lo largo de tres generaciones.

Es la historia de personas que vivieron la paradoja de que la tierra que fue de acogida durante los primeros años de la dictadura se fue transformando hasta llegar a convertirse, ya en democracia, en tierra hostil para todos aquellos españoles que no renunciaron a serlo. Una paradoja cruel en la que la generación de los hijos de los exilados por la dictadura, nacidos ya en el País Vasco, hubo de convivir con los últimos herederos activos de la dictadura franquista, los terroristas de ETA, que convirtieron a sus padres en malos vascos, los señalaron como enemigos y los amenazaron y persiguieron hasta la muerte. Malos españoles para la dictadura, malos vascos para el nacionalismo obligatorio y buenos españoles, candidatos a víctimas, para el terrorismo nacionalista.

Esta es una historia escrita para que nadie olvide a aquellos hombres y mujeres que llegaron al País Vasco de forma casual,

empujados por las penurias de la vida y por las dramáticas consecuencias de una guerra fratricida en la que, además, formaban parte del bando de los perdedores. Es la historia de unos hombres y mujeres que decidieron quedarse en la tierra a la que arribaron de forma forzada; la historia de unos españoles que, con su trabajo y con el de las familias que formaron en tierra vasca, convirtieron a Euskadi en esa parte de la España próspera que es hoy.

Esta es una historia que surge de la necesidad de contar la verdad, de recordar lo que pasó y por qué pasó y qué hizo cada cual en cada uno de esos momentos que hoy consideramos históricos. Es un relato que transcurre desde la dictadura hasta la democracia y en el que el comportamiento humano de los protagonistas, su vida, sus cuitas y sus experiencias vitales se sobrepone y brilla por méritos propios sobre los acontecimientos políticos de todo ese periodo.

Esta es una historia de buena gente, de buenos vascos, de buenos españoles a los que los vascos malos persiguieron y a los que los malos vascos llamaron MAQUETOS.

DE UN CAMPO DE CONCENTRACIÓN EN SANTANDER A UNA CÁRCEL EN BILBAO

La niña nació en una habitación «con derecho a cocina» que sus padres tenían alquilada en un pequeño pueblo cerca de Bilbao y que era propiedad de tres mujeres —abuela, madre e hija—, oriundas de un pueblo de Santander. Ella era el tercer vástago de una joven pareja que llegó al País Vasco expulsada de su tierra como consecuencia de la Guerra Civil. Hasta que no se hizo mayor, la niña no comprendió que sus padres pertenecían al bando de los que perdieron la guerra y que allá donde esta lucha fratricida los llevó y donde ella y sus hermanos nacieron eran considerados «de fuera», «maquetos», y que su vida entera, para bien o para mal, iba a estar determinada por esas dos circunstancias: «malos españoles», primero, y «malos vascos» (y, además, españoles), después.

Los padres se habían casado poco antes de que estallara la guerra. Él se fue al frente, en Santander, con los republicanos; su madre dejó su casa en el pueblo y se puso a trabajar con una familia en la capital, «para estar más cerca de él». Durante el tiempo en el que Santander fue zona republicana y aún no

habían entrado en conflicto, el padre, Heraclio, soldado republicano, socialista, iba uniformado a recoger a la madre a aquella casa de «señores bien» en la que María era una de las doncellas. La madre le contaba a la niña que era «una gran casa», con cocinera, ama de llaves, varias doncellas... La niña recuerda a su madre hablándole de sus años en Santander, del mar, de los jardines de Piquío, de cuando creían que la guerra terminaría pronto y volverían a su casa... La madre guardaba muy buen recuerdo de la señora de la casa, siempre decía que se portó muy bien con ella y que cuando supo que habían detenido al padre tras ganar los de Franco la batalla de Santander, «no me despidió...».

El padre fue apresado tras la batalla de Santander y lo condenaron a muerte tras un consejo de guerra «sumarísimo», contaba él. Lo encerraron en un campo de concentración y allí fue viendo cómo, día tras día, sus compañeros iban siendo «sacados» en la furgoneta y ejecutados «en algún descampado», pensaba él. Pero el padre tuvo «suerte», pues cuando acabó la guerra él aún seguía vivo, no había llegado «la saca» hasta él... Así que desde aquel campo de concentración lo trasladaron a Larrínaga, una cárcel que había en Bilbao.

En un nuevo juicio, conmutada la pena de muerte, el consejo de guerra permanente número uno, reunido en la plaza de Bilbao el 4 de abril de 1939, presidido por el teniente

general Canella y actuando como ponente el capitán Tutau, dictó sentencia. Quiso la fortuna que cuando los hijos de Heraclio pidieron el certificado que acreditara el tiempo de prisión para poder solicitar el reconocimiento y la pensión para María, ya viuda, prevista por Ley 37/1984 —que reconocía derechos por los servicios prestados a quienes durante la Guerra Civil formaron parte de las Fuerzas Armadas, Fuerzas del Orden Público y Cuerpos de Carabineros de la República—, la familia encontró en los archivos del Museo del Ejército la sentencia de este segundo juicio celebrado en Bilbao y consiguieron una copia que la niña guarda en una carpeta junto con el certificado que acredita el tiempo en prisión del padre y su graduación de sargento en el momento de ser detenido. La lectura de esa sentencia resulta, aún hoy, tremendamente reveladora. Heraclio, que luchó en defensa del Gobierno legítimo, fue juzgado acusado de un «delito de adhesión a la rebelión» y entre los antecedentes personales del acusado que se citan en la sentencia figura que tanto él como sus familiares «profesan ideas extremadamente avanzadas...». Por ese «delito consumado» fue condenado esta segunda vez a treinta años de reclusión mayor. Heraclio tenía en aquel momento veintiocho años. «Delito consumado...». «Ideas extremadamente avanzadas...». «Adhesión a la rebelión», por mantenerse fiel a la República, Gobierno legítimo contra el que se levantó el

bando llamado nacional... Está claro que la perversión del lenguaje no es un invento moderno.

Cuando Heraclio fue trasladado desde el campo de concentración a la cárcel de Bilbao, María dejó su trabajo en aquella «casa bien» de Santander, cogió sus escasas pertenencias y emprendió camino tras él. Y paró en un pueblo a quince kilómetros de Bilbao en el que no conocía a nadie y en el que encontró trabajo en una fábrica de sacos de yute; y alquiló una habitación «con derecho a cocina» en una casa, y allí se quedó a esperar a su hombre.

Un día a la semana, la madre hacía un hatillo con una hogaza de pan y lo que pudiera apañar (un trocito de queso, una sardina ahumada, una onza de chocolate o una naranja, si la semana había sido buena...) y caminaba los quince kilómetros que la separaban de él. Y cuando llegaba de regreso al pueblo tras la visita en la cárcel, también andando para no gastar ni una peseta en el tren, era justo la hora de entrar a su turno en la fábrica.

La madre, como el padre, no era creyente. Pero durante esos años de peregrinación a la cárcel hizo una promesa a la Virgen de Begoña: si le conmutaban la pena y el hombre salía de prisión, ella subiría de rodillas las escaleras hasta la basílica, «para agradecérselo a la Virgen...».

EL PADRE SALE DE LA CÁRCEL

Un día de invierno, en noviembre de 1942, el hombre apareció frente a la puerta de la casa con un hatillo en el que llevaba sus escasas pertenencias: una camisa blanca que la madre le había cosido y llevado en alguna de sus visitas, una muda, un peine, un lápiz, un cuadernito pequeño, una fotografía en blanco y negro en la que se les veía a los dos jóvenes y felices. Le habían conmutado la pena y salió de la cárcel manteniéndose en libertad condicional hasta agosto de 1949.

Y la mujer cumplió su promesa y subió de rodillas las escaleras que partían de las Siete Calles de Bilbao y acababan en la basílica de la Virgen de Begoña. María les contaba a los hijos que cuando llegó arriba tenía las rodillas en carne viva; pero nunca se le pasó por la cabeza no cumplir su promesa. La niña recuerda que un día le preguntó: «Pero, mamá, ¿de verdad tú crees que fue un milagro que papá saliera de la cárcel con vida?». «Pues no sé, hija... pero sí sé que era una promesa que yo había hecho. Y papá está en casa; y las promesas hay que cumplirlas...».

La niña tiene enmarcada en el salón de su casa la foto que el padre atesoraba en prisión y en la que se ve a los padres,

tan guapos, tan jóvenes, antes de que estallara la guerra. Les hicieron la foto cuando se casaron y tiene una dedicatoria en un lateral: «Con el dolor inmenso que las circunstancias nos imponen, te dedico este recuerdo, querida compañera, en prueba del imperecedero cariño que hacia ti siento». 24.8.1937. Heraclio». La madre llevó consigo esa foto cuando salió de Santander tras su hombre. Sobre ese texto, escrito por el padre justo antes de ser detenido, destaca una corrección que introdujo la madre antes de llevarle la foto a la cárcel; sobre la palabra «compañera», ella escribió «mujercita». «Tuve miedo de que esa palabra volviera a señalar a vuestro padre, y lo perjudicara en la cárcel...», nos explicó cuando ya éramos mayores. El marco en el que está la foto deja a la vista el testimonio de aquellos tiempos. El miedo... Y el amor.

El padre de Heraclio era el juez de paz del pueblo en el que vivían antes de la guerra. Un día lo detuvieron porque no podían dar con los hijos —uno de la CNT, el otro socialista—, que estaban en el frente; y el abuelo murió en la cárcel antes de que acabara la contienda. El hombre siempre decía que su padre murió de pena. «Era un hombre bueno, culto, justo... No podría soportar tanta maldad, tanta miseria... Y nosotros, los hijos, lejos de él...». La niña llegó a conocer a la abuela paterna, Exiquia, que se quedó en el pueblo de Santander con la

hija pequeña, la tía Donina. Y también conoció al tío Eucario, que volvió manco de la guerra y murió pronto, relativamente joven.

UNA HABITACIÓN CON DERECHO A COCINA

Como tantos españoles, María y Heraclio lo perdieron todo durante la guerra. Por eso, cuando el padre salió de la cárcel, no tenían ni una casa ni un pueblo al que volver. Fueran adonde fueran deberían empezar de nuevo. Así que decidieron quedarse en el País Vasco. El hombre empezó a buscar trabajo y lo encontró en una fábrica metalúrgica que había en la zona en la que había recalado la madre. Antes de firmar el contrato le pidieron el libro de familia; pero Heraclio y María, que se habían casado por lo civil antes de que estallara la guerra, no tenían otros papeles que los antecedentes penales de él.

Alguien —creo que fueron las mujeres que les alquilaban la habitación— les aconsejó que se casaran en la iglesia, que se presentaran allí y, sin más explicaciones, pidieran al sacerdote que los casara. El hombre y la mujer fueron a ver al cura del pueblo y decidieron contarle la verdad de lo que les estaba ocurriendo: que ellos no eran creyentes, pero que, si no se casaban «por la iglesia», a él no lo contrataría nadie. Y el sacerdote, sin hacer más preguntas, los casó. Y el padre empezó a trabajar, de obrero, en la metalúrgica.

Heraclio y María vivieron los primeros y duros años de la posguerra en aquella habitación con derecho a cocina. La familia fue creciendo, pues pronto tuvieron dos hijos con apenas dos años de diferencia. Y Secundina, la madre de la mujer, cuando se quedó viuda y sola en el pueblo de Santander en el que vivió toda la vida, se fue a vivir con la hija que estaba exiliada en un pueblo de Vizcaya; porque María, que era la sexta de siete hermanos y la hija que menos recursos económicos tenía, era con quien su madre quería estar hasta el fin de su vida.

En la casa había un camarote que finalmente acabaron habilitando como dormitorio y en el que tendieron colchones para ubicar a la familia que crecía. Y allí empezaron a dormir los dos hermanos mayores de la niña, que le llevaban nueve y siete años. En un pasillo amplio entre las habitaciones del primer piso dormía la abuela; y puntualmente, y cuando hacía mucho frío, dormían también los niños.

Como la casa en la que vivían María y Heraclio estaba entre la carretera y las vías del tren, cuando los dos niños aprendieron a andar, María les ataba un cordón a la cintura para que pudieran jugar sin correr peligro mientras ella cosía, limpiaba o hacía la comida. Cuando los niños fueron adultos se reían con su madre recordando el ingenio que demostró para mantenerles protegidos.

La casa estaba bordeada por un pequeño regato que pasaba por delante del ventanuco de la cocina y llegaba hasta el río, más allá de las vías del tren. También tenía un pequeño huerto al que se accedía por una cancela de madera que estaba en la estrada que bajaba al río, justo al lado del portal. La niña guarda una foto en la que está con la abuela, sentada sobre el muro de piedra. En la foto la abuela la rodea con el brazo; y ella abraza con sus bracitos una muñeca de trapo a la que apenas si se le ve la cabeza... Recuerda que la abuela Secundina pelaba brotes tiernos de las zarzas en las que salían las moras. Y recuerda el sabor de las moras maduras que con esmero («Cuidado, no te vayas a manchar...») le daba la abuela.

La casa en la que vivían María y Heraclio estaba a la salida del pueblo hacia Bilbao, al final de una estrada que partía de la carretera hacia la ribera del río. Antes de llegar al río, a unos cien metros de la casa, estaban las vías del tren. La niña escuchó más de una vez las historias de cómo en los fríos días de invierno siempre había algún maquinista solidario que al pasar aminoraba la marcha y arrojaba sacos con briquetas de carbón que los hombres y mujeres, que estaban avisados, se apresuraban a recoger para hacer la comida y calentar la casa con sus cocinas de hierro, que entonces se llamaban «económicas». A veces también caía algún saquito con alubias o garbanzos, que se repartían entre todos. La niña no lo vivió, pero

aún se acuerda de cuando le contaban cómo su padre, junto con otros padres del barrio, salían a hurtadillas y volvían a casa con el preciado tesoro. Y ese día se convertía en «festivo», y se hacían planes para el futuro y se permitían soñar mientras se calentaba toda la familia alrededor de la lumbre. Hasta que volvían a pasar frío esperando la siguiente entrega.